

Nº 7

MUJERES



Ayuntamiento de Madrid

, 16

1936

gost-
mité
nino

Madrid
nino, de
de Muje
Ibarr
Fuyola
sas, Ma
y Victo
a acció
rra y u
orden a
de com-
os desde

de la Gue
o podrá
uxilio f
les com-
isición y
io y ar-
no a los

de la Gue-
jar a la
cuantos
es en or-
ulos que
entes, y
del ele

implimien-
idas por
de la Gue-
ficial del
Ministerio
miembro
a Econo-
de enlace
eriales y
enino, y
que ésta

uxilio fe-
no cuan-
ra cubrir
as de los
las mi-
ema que

de la Gue-
cio dicta-
men pro-
este De-

Murillo, 31

Tras la fría y dura reja
de la cárcel madrileña
de Mujeres, la angostura
de una celda.

Tras la celda, dos chiquillas:
alta y morena, la una;
clara y trigueña su amiga,
sin fortuna.

¿Qué hicieron las dos cuitadas?
¿Por qué daño o grave ofensa
son de libertad privadas
tras la monótona reja?

¿Fueron discolas, o falsas,
ladronzuelas de honra o bienes?
¿Cometieron vil matanza?
¿Delinquieron? ¿Contra quiénes?

No, nada de eso hicieron;
ni a nadie infirieron daño,
ni en el corazón sintieron
afán de lucro bastardo.

Que la verdad defendieron,
es su único delito;
que ser justas pretendieron,
¡ahí está el grave motivo!

Pasó por Madrid la llama
de una encendida pasión:
¡ansias del bien que estallaban
dentro de su corazón!

Respeto para todo humano,
respeto, pan, aire y sol,

la máxima «sois hermanos»
puesta en práctica... Mas no

Rápida pasó la llama.
Y, antes que prender pudiera,
se unieron, para apagarla,
fuerzas de la España negra.

El hábito y el bonete,
el reluciente capelo,
la dama de alto copete,
la beata y el banquero.

El fraile de adusta faz,
la ramera distinguida
y el político falaz
ansioso de buena vida.

Todos a una la llama apagaron;
todos a una al pueblo exigieron
la entrega sumisa, a sus viles manos,
de fundamentales santos derechos.

Derecho a la vida,
derecho al saber,
y, en su justa medida,
derecho al placer.

Jóvenes imberbes, mujeres y viejos,
niñas candorosas y hombres adultos,
en largas y tristes cadenas de presos
fueron conducidos a lugar seguro.

Y ya la España negra está satisfecha:
hábitos, capelos, sotanas, birretes,
con las reaccionarias fuerzas de derechas,
creen haber llevado al pueblo a la muerte.

«Se apagó la llama»—dicen con fiera
clérigos y damas de la España vieja—;
pero tras la reja se oye otro rumor:
¡La llama revive, la anima el dolor!

Revive la llama, ¡es verdad!
Ya en el calabozo oscuro
se advierte la claridad
que refleja el negro muro.

Leve es aún su fulgor,
o así parece al que espera;
pronto sentirá el calor
de la confortante hoguera,

que iluminará la horrenda
monotonía de la reja
y destruirá la leyenda
creada por las derechas.

Ya las niñas no estarán
de su libertad privadas;
felices recorrerán
las calles engalanadas.

Olvidarán atropellos,
soledad, persecución,
el triste confinamiento,
preguntas de inquisición.

Pero quedará indeleble,
vivo y fuerte, su clamor
contra la injusticia humana,
la desolada visión

de miles de pobres seres
hermanos en el dolor:
niños, hombres y mujeres
que sufren persecución,



En octubre de 1934 nuestros compañeros se morían de hambre en las cárceles. Ahora, en cambio, esta mujer puede llevar a su marido (cacique de un pueblo andaluz) un desayuno apetitoso

hambre, sed, horrendo frío,
negra miseria
y el indecible martirio
de tener conciencia de su pena.

Su recuerdo ha de servir
de acicate, día tras día,
hasta poder conseguir
su redención, su alegría.

El derecho a la vida,
el derecho al saber,
y, en su justa medida,
el derecho al placer.

Julio, 1936.



«¿Hay periódicos?», es la frase que acoge a todos los coches que llegan a los pueblos.



Está tan cansado, que duerme a pesar del ruido infernal de los obuses.

OCTUBRE 1934

por Isabel O. de Palencia.

VISADO POR LA CENSURA

EUREKA

CALZADO DE LUJO

Alcalá, 26
Montera, 35
Goya, 6
Bravo Murillo, 85

Vda. de DIONISIO GOMEZ

SERRANO, 38

Tejidos, confecciones. Casa especializada en batas, artículos para guarderías infantiles, mantas y artículos para hospitales.

Martín Valmaseda

ESPOZ Y MINA, 5

•• MADRID ••



El torrente de hierro

Por ALEJANDRO SERAFIMOVITCH

(EXTRACTO)

El extracto que publicamos hoy ha sido sacado de la magnífica obra de Alejandro Serafimovitch, en la cual, con un estilo duro y lleno de fuerza, el autor cuenta la aventura magnífica de una columna inmensa que tuvo que recorrer en medio de los mayores peligros centenares y centenares de kilómetros, pero que fué salvada, a pesar de todo, por la voluntad extraordinaria de su comandante Kóyuj, antiguo mujik.

La cabeza de la columna se ha extendido a lo lejos, muy lejos, por la estrecha franja de la orilla, y ha desaparecido tras una de las sinuosidades del mar. La caravana contorneaba inacabablemente la ciudad. La retaguardia bajaba todavía por la cresta de la garganta, siguiendo alegremente los blandos rizos de la calzada.

El comandante alemán, que se encontraba a bordo del crucero, observó un movimiento desusado en la ciudad extranjera, a la que vigilaban los cañones del kaiser, y eso era ya señal inequívoca del desorden. Por tanto, intimó a estos desconocidos, a estos convoyes, a estos soldados, niños y mujeres, a toda esta masa humana que pasaba presurosa por delante de la ciudad, a que se detuvieran inmediatamente y entregaran sus armas, sus provisiones, su forraje, su

trigo, en espera de instrucciones ulteriores.

Pero la serpiente gris de polvo no cesaba de reptar, alejándose con toda la precipitación posible. Las vacas, amedrentadas y perplejas, huían atropelladamente, a un trote irregular. Asíéndose a los carros, los chiquillos corrían sobre sus endebles piernas. Los adultos fustigaban en silencio a las caballerías, que se tensaban bajo el esfuerzo, y de toda esta hilera de hombres elevábase una baránda, un estruendo profundo cuyos ecos repercutían en las contracavidades, y la blanca polvareda alzábase en torbellinos cegadores.

El comandante alemán esperaba todavía; pero vió que la gente no interrumpía su marcha. Entonces, rasgando de pronto la calma azulina, partió del acorazado un estampido formidable, que fué a quebrarse y rodar por las montañas y desfiladeros, como si de éstos se desgajaran gigantescos peñascos. Y un segundo después, el clamor resonaba todavía con infernal estruendo en una lejanía inmóvil y azulada a la que no alcanzaba la vista.

Sobre la serpiente de los fugitivos formóse de pronto, misteriosamente, muellemente, un globo de blanca humareda que explotó con un estallido seco, y lentamente arrastrado se diluyó en el aire.

El caballo del oscuro capuz, que parecía negro en la noche, se encabritó brus-

camente y se desplomó de golpe, rompiendo las varas del carruaje. Una veintena de hombres se precipitaron sobre el animal, le cogieron, unos por las crines, otros por la cola, por las patas, por las orejas o por el mechón de la frente, y, arrastrándole a toda prisa hasta el borde del camino, lo arrojaron en la cuneta en unión del carruaje, en tanto que los demás vehículos, sin vacilar un segundo, corriendo unos contra otros a todo lo ancho del camino, proseguían su fuga irresistible. La comadre Gorpino y su hija Anita recogieron sollozando de su destrozado carruaje lo primero que sus manos tropezaban y, después de acomodarlo en los carros de los demás, reanudaron a pie la marcha. En tanto, el viejo se daba prisa a recortar, con sus manos temblorosas, el correa de la guarnición y quitaba la collera a la caballería muerta.

Por segunda vez partió del crucero una lengua de fuego inmensa, fulgurante, que llenó de nuevo estruendo la ciudad, rodó por las montañas y tuvo un eco sordo en la calma profunda del mar. Y una vez más en el azulado esplendor de las alturas se formó como una bola de nieve y en diversos sitios cayeron gentes exhalando gemidos. En uno de los carros, entre los brazos de una mujer joven, de cejas negras y orejas ornadas de aretes, un infante que estaba mamando se quedó rígido y sus manitas colgaron inertes, al tiempo que sus tiernos labios se enfriaron y abrieron, soltando el pezón.

La mujer lanzó un alarido salvaje, un alarido de fiera. Algunos corrieron hacia ella; pero no quería rendirse, se defendía furiosamente y se obstinaba en introducir en la yerta boquita el botón de su seno, del cual se desprendían algunas gotas blancas de leche. La expresión de la criatura, que tenía los ojos tornados, iba apagándose por momentos, impregnándose de un lívido color. Sin embargo, la serpiente continuaba reptando, seguía deslizándose por el contorno de la ciudad.

No lejos de allí, al lado de un carro detenido en el camino, la silueta esbelta de una muchacha se recorta en blanco entre las tinieblas. La voz juvenil suplica:

—¡Suéltalo; mujer, suéltalo; amor mío! No hay que ser así...

Las comadres, cuyas blancas siluetas se dibujan confusas en derredor al carruaje, repiten a coro:

—¡Suéltalo!... Hay que enterrarlo... ¡Pobre angelito!... El Señor le acogerá en su seno...

Varios mujiks asisten silenciosos a la escena. Las comadres continúan:

—Tiene los pechos hinchados. No puede descargarlos...

Algunas manos se adelantan y tratan de oprimir los senos resistentes, rígidos, bajo los dedos. Sin el pañuelo que la cubre siempre, la cabeza de la madre, cuyos ojos relucen en la noche, como los de un gato, se inclina sobre su inflamado pecho, blanco entre la camisa desgarrada, y sus dedos oprimen el pezón con un gesto habitual, tratando de introducirlo cautelosamente en la boquita abierta y helada.

—Está como la piedra.

—Ya huele mal. No se puede resistir. Voces de mujiks:

—¡Bueno, bueno! ¿Para qué andarse con remilgos? No hay más que cogerlo y terminar de una vez...

—Es una asfixia. No se puede tolerar. Hay que enterrarlo.

Y dos mujiks vigorosos, enérgicos, echan mano de la criatura, desenlazan los brazos de la madre. Un alarido de fiera enfurecida raya las tinieblas. Oye-se en todas las hogueras que se ex-

tienden en interminable cadena a lo largo del camino. Corre por encima del mar, confusamente visible. Ha debido llegar hasta los montes desiertos, si alguien había en ellos que pudiera escucharlos. El carro gime y se bambolea bajo la lucha encarnizada...

Sentada en el carro, la mujer vuelve a cada instante a derecha e izquierda su cabeza descubierta, desmelenada, y su mirada de chispas, siempre al acecho dispuesta a defenderse furiosamente. En los momentos de respiro, alarga cariñosamente el pezón hasta la boquita petrificada y yerta.

Las hogueras tiemblan y se pierden a lo lejos en la noche.

—Corazoncito..., querida, tráelo, tráelo... ¿No ves que está muerto?... Vamos a enterrarlo, y tú podrás llorar... ¿Por qué no lloras?

Una muchacha oprime contra su pecho aquella cabeza de bruja desgredada, cuyos ojos de loba centellean en las tinieblas. Y la mujer, apartándola con cautela, responde con su voz enronquecida:

—¡Chist, Abnita!... ¡Más bajo!... Está dormido... No hay que despertarlo... Va a dormir toda la noche... Y por la mañana le llevaré de paseo, a esperar a Stepan... Y cuando venga Stepan, mi chiquillo hará así, soplará por la nariz, y abrirá los piecitos para echar a andar... ¡Si vieras qué listo es mi niño, qué cariñoso, qué formalito!...

Y la mujer se ríe con cuidado, con una dulce risa contenida.

Y acto seguido se oye en las tinieblas un frágil arrullo de tórtola, con tintineos de sollozo:

—¡Stepan!... ¡Stepan!... ¡Está muerto!...

La mujer ha tendido al niño, lo entrega sin resistencia. El hombre coge el pequeño bulto envuelto en las mantillas, extrañamente frío, blanducho como la jalea, que exhala un olor denso, penetrante. La mujer apoya la cabeza en el pecho del hombre y la oscuridad se ilumina de pronto con lágrimas temblorosas, con lágrimas doloridas, con lágrimas incontenibles.

—Está muerto, Stepan...

Las madres se han reunido en seguida en torno suyo, por cansadas y dormidas que estuvieran. Aparecen confusamente alrededor del carro, se persiguen, suspiran, dan consejos.

—Es la primera vez que llora.

—Eso le sentará bien.

—Habría que chuparle la leche para que no se le suba a la cabeza.

Las mujeres se apresuran a tentar los inflamados senos.

—Están duros como la piedra.

Luego, sin dejar de persignarse y mascullando rezos, aplican los labios a los pezones de la mujer y chupan, escupiendo religiosamente la leche hacia tres lados, en forma de cruz para conjurar la suerte.

Después, en las tinieblas, entre los arbustos tenaces y los espinos, las azadas han cavado la tierra, y en el agujero se ha depositado el bulto envuelto en las mantillas, igualando luego el pequeño túmulo.

—Lo hemos perdido, Stepan...

Vagamente se ha visto al hombre, silueta negra en las tinieblas, rodear con los brazos uno de los arbustos espinosos y resoplar con todas sus fuerzas, oprimido el pecho, como si eructara o tuviera hipo, al igual que los chiquillos que se apretujan para cortarse el aliento... Y la tórtola le rodea el cuello con las manos:

—¡Stepan!... ¡Stepan!... ¡Stepan!...

Las lágrimas vuelven a relucir y tiemblan nuevamente en las tinieblas.

—Lo hemos perdido... Lo hemos perdido... ¡Stepan!...



«Varias mocitas de este pueblo han salido para el frente», dice esta compañera de Villanueva de Córdoba

MUJERES ANDALUZAS

Por *Ilsa Wolff*

—¡No, no, de ningún modo; no me fotografíes! No quiero que me hagan una foto. ¡Ayúdame, Luisa, para que no me retraten!

Risas y chillidos salen de aquel primer piso de la casa amplia, ejemplo de riqueza de aquel pueblecito andaluz, donde las mujeres han instalado el taller para proveer a los milicianos de pantalones, camisas y «monos».

—Pero, mujer ¿por qué te asustas tanto de la máquina?—la pregunto.

—Pues...—la niña tarda en contestar—. Díselo tú, Luisa—agrega dirigiéndose a otra muchacha guapita, que con ella se ha refugiado en un rincón. Pero Luisa tampoco quiere hablar.

Una mujer, ya mayor de edad se indigna:

—¡Qué tontas sois! Se niegan porque el novio pudiera enfadarse si salen en el periódico. ¡Ponéis a las mujeres de este pueblo en ridículo! ¡A ver, camarada, retrátanos a nosotras y a esas tontas!

María y Luz, Carmen y Paca, un poquitín cohibidas, también se deciden por fin a sentarse en el balcón.

—Vete tú abajo y dime si estoy bien cubierta con la falda—cuchichea María a mi oído.

—Ponte la tela encima; así no se ve nada—la aconsejo, y así hace.

Todas estas mujeres y muchachas, una veintena, han acudido al primer llamamiento del Estado Mayor de las milicias, que consideró necesario establecer el taller de costura. Modistas y sastras, que antes vivían de este trabajo, como las mujeres que nunca han trabajado fuera de su casa, han decidido prestar sus servicios a los milicianos, al pueblo, a los camaradas.

—La mayoría somos casadas—me dice una de las mujeres—; y todas las que no son casadas, tienen novio, salvo la peque.

La peque, Mariquita, once años, ojos azules y pelo rubio, cose ya maravillosamente.

—Me haré modista y me iré a Madrid—me dice muy seriamente. Ya

no es una niña. Es una mujercita que ha entrado en la vida diaria. Trabaja sus ocho horas como las demás. ¡Para los milicianos!

—¿No juegas nunca con los demás chicos?

—No; ahora, en tiempos de guerra, no puedo jugar. Voy a leer en la biblioteca que tenemos en la casa de los pioneros. Me gusta mucho leer. De vez en cuando recibimos el periódico y algún otro libro...

—Y vosotras—me dirijo a las mujeres—, ¿no habéis pensado nunca en formar un grupo, ya que prestáis vuestras fuerzas al servicio de la causa antifascista, y sois pioneras en este pueblo?

Las mujeres se miran unas a otras. Una nueva idea ha surgido. Necesitan aún tiempo para digerirla, pero estoy segura que tomará cuerpo.

—Nuestros hombres están en la columna—cuenta Encarna, una morena clara con ojos de color oro—; como ellos se han ido, la casa nos pareció tan vacía, que quisimos también hacer algo, y ya ves, aquí estamos.

—¿No hay ninguna muchacha de estos pueblos que se haya marchado con la columna?

—Esto no es costumbre aquí, pero creo haber oído decir que tres o cuatro mocitas de Villanueva de Córdoba se han puesto el «mono» y están luchando en el Muriano. ¡Qué audaces son! ¡Nosotras no nos atreveríamos nunca!

¡Viejos prejuicios del harén árabe, aún existís! Pero vuestros días están contados. La mujer andaluza, con su hermana madrileña, va camino de la emancipación. Poniendo su esfuerzo y su trabajo al servicio de la causa de la libertad, ha dado el primer paso, y el ejemplo de las mocitas de Villanueva de Córdoba no será infructuoso.

Pronto la mujer española se habrá transformado, en todas las comarcas del país, de una cosa, en un ser humano.



El taller de las mujeres en Villa del Río, destinado para proveer a los milicianos de camisas y pantalones

Las mozas de Villa del Río no querían hacerse fotografías, pero al fin y al cabo...

LIBRERÍA

Vda. de M. Navarro

PRECIADOS, 5 -:- MADRID -:- TELÉFONOS 22934-22935

OBJETOS DE ESCRITORIO. PLUMAS ESTILOGRÁFICAS DE TODAS CLASES

La cultura y la mujer campesina

Una de las necesidades más urgentes, entre las muchas cuya resolución interesa a todos, pero principalmente a las mujeres, es la del mejoramiento espiritual de las campesinas. Es imprescindible conquistar, en el más breve plazo posible, ese mejoramiento, porque ello significará la consagración definitiva de todos los derechos que corresponden a la mujer en una nueva concepción del organismo social.

Tradicionalmente, la mujer campesina ha venido quedando al margen de todo lo que supone cultura y emancipación. Toda la esterilidad de la vida espiritual en las mujeres de la grande y la pequeña burguesía era muy poca cosa comparada con la dureza y con la esclavitud de la vida de nuestras mujeres del campo. Todos conservaremos siempre en la retina, como imagen atormentadora y dolorida, la visión de nuestras aldeanas de Castilla, de Andalucía, de Aragón, envejecidas prematuramente y prematuramente agotadas, que consumen el tedio de sus escasos ratos de ocio en la inactividad y el abandono.

El desprecio en que se tuvo a las mujeres de los pueblos y de las aldeas alcanza a todos los aspectos de la vida femenina. Se descuidó su formación general, despreciando los valores depositados en todo ser humano; se dejaron en la inactividad y sin canalización ni aprovechamiento sus magníficas dotes de buena trabajadora; se prescindió de procurarles una preparación suficiente en el aspecto específico de su función femenina: el de

la maternidad, como tampoco supo preparársela para ser compañera del hombre.

Es cierto también que este olvido total de una educación femenina era un defecto general en nuestro concepto de educación, pero la mujer de la ciudad, bien acomodada y aun viviendo en un pseudo-bienestar, podía combatir, aunque artificialmente, el tedio de una vida sin objeto, acudiendo a recursos negados a las mujeres del campo: el teatro, el cine, los viajes, la lectura, aunque ésta quedara reducida a los límites de una literatura vacía y sin complicaciones.

Las consecuencias que para nuestras mujeres campesinas se derivan de esta falta de preparación y de cultura, son de sobra conocidas y torturan con reiterada obstinación nuestra sensibilidad de españolas. Los jornales bajos, de hambre y de explotación; la esclavitud y la humillación ante el señor y el cacique; el yugo opresor y tiránico de la Iglesia. Y junto a todo esto un signo trágico en los destinos de toda mujer trabajadora: el dolor, el eterno dolor que la acompaña inseparablemente. Dolor de una vida sin goces; dolor de los hijos sin pan y sin alegría; dolor para criarlos y por verlos morir, sin defensa en la lucha por la vida, y dolor, en fin, de sentirse pequeña, inferior, sin sentido de su propio valer y de su específica y peculiar significación.

Hay que salvar de estas amarguras a ese núcleo de nuestras mujeres, el más necesitado de nuestros desvelos. Hay que llevarles a los campos y a las aldeas la



Los hermanitos



Miliciana cobrando la nómina y Fugitivos de Córdoba

alegría que secularmente les ha sido negada; hay que hacerles amar una vida nueva que ponga al descubierto los tesoros escondidos de su sensibilidad y de su curiosidad inteligente. Hay que levantar el ánimo de estas mujeres endurecidas por el dolor y las privaciones; hay que darles, en fin, el sentido de su valor y de su responsabilidad.

Sin pretender agotar las posibilidades de trabajo en ayuda de la mujer campesina, esbozamos aquí un plan que debería empezar urgentemente y en el que habrían de enrolarse aquellas mujeres que, sintiendo hondamente el problema de sus camaradas del campo, pusieran al servicio de su causa lo más fino de su feminidad y lo más depurado de su espíritu.

En primer lugar, juzgamos necesaria una campaña de propaganda y de captación de la voluntad y el interés de las mujeres, y para lo que serían imprescindibles medios de trabajo atractivos, como el cine, la radio y la forma suprema de aproximación que es la palabra: conversaciones cordiales y sencillas sobre temas de inmediato interés para las campesinas.

Seguiría una campaña de preparación de trabajo, que abarcará aquellos mismos medios, más algunas lecturas y comentarios sobre hechos de la vida corriente, etcétera.

Podría continuar la tarea con una campaña de divulgación de ideas imprescindibles para la vida de la mujer y de la familia en general: puericultura, higiene, sanidad, etc. A estos temas de carácter

más general se añadirían estos otros, de un sentido más especialmente concreto:

Transformación urgente de las miserables viviendas aldeanas en hogares sencillos y confortables; defensa de la maternidad y protección de la mujer embarazada y lactante; cuidados y protección de los hijos y creación urgente de casas de reposo, convalecencia y educación.

Y completariamos el plan con las actividades siguientes:

Preparación de la mujer para que pueda gustar la emoción artística en cualquiera de sus formas: literatura, música, pintura; capacitación para intervenir en la vida pública y para desarrollar sus deberes políticos y sindicales; educación profesional que humanice y dé un sentido nuevo al trabajo de la mujer...

Con las ideas expuestas queremos indicar solamente una parte del trabajo de ayuda a las mujeres campesinas. Es una misión que corresponde fundamentalmente a nosotras y en la que no cesaremos hasta que logremos llevar a aquellas un poco de esa vida que desconocen y que es la más rica, la más delicada, la más apetecible, porque es la vida del espíritu donde guardamos lo más íntimo de nuestro propio ser, los tesoros inagotables de las emociones del arte y de la naturaleza y donde, en fin, nos encontramos a nosotros mismos. Para todas las mujeres apetece esta conquista, y sobre todo para aquellas que por estar arraigadas en las campiñas ibéricas, son la sangre y la esencia maravillosa de las mujeres del pueblo.

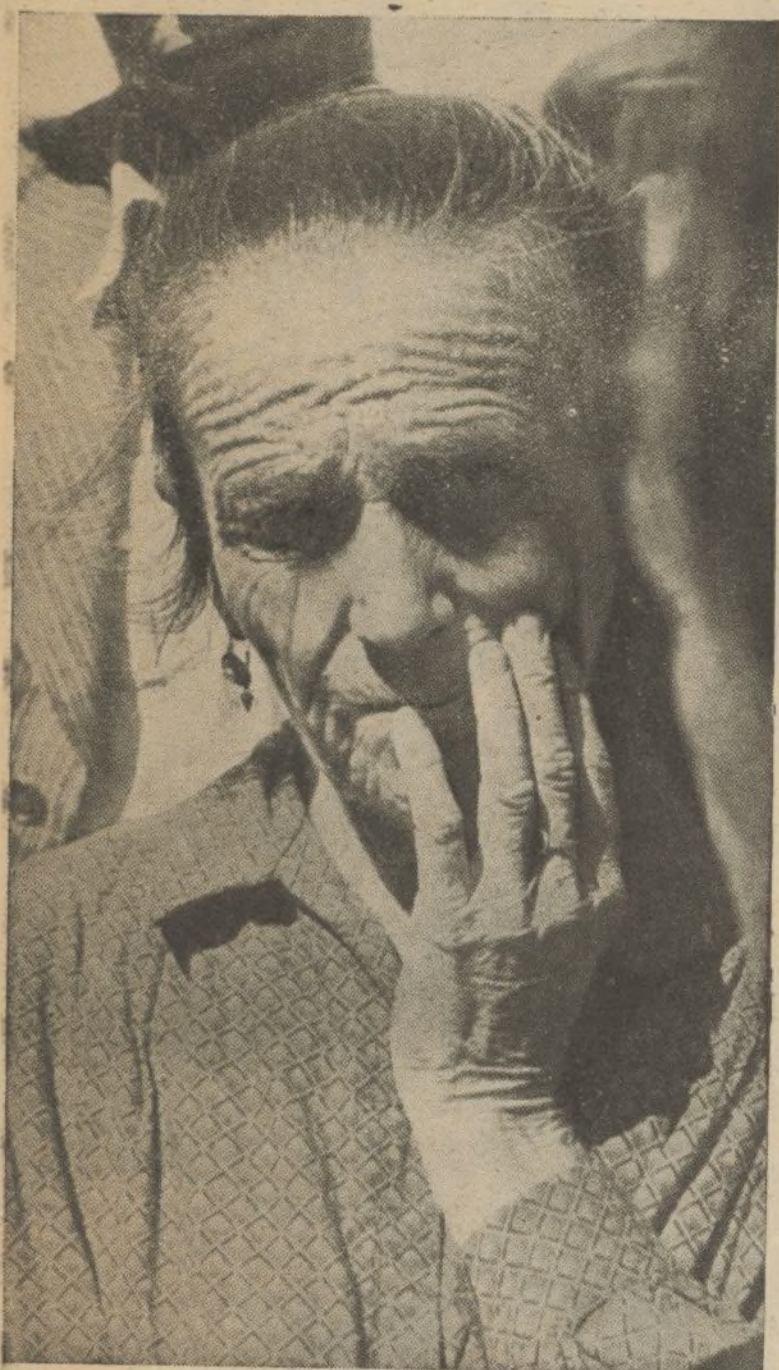
EMILIA ELÍAS.

DROGUERIA C. ULZURRUM Esparteros, 9

PIDA USTED ALCOHOL PARA QUEMAR

"SOL"

La mujer en la retaguardia



Esta mujer, huida de Extremadura, piensa con melancolía en su casa abandonada.

Agosto ya ha pasado. Las frescas mañanas madrileñas están pobladas, desde muy temprano, de un murmullo femenino. Hay que madrugar para ir a buscar la leche. Hay que ocuparse desde muy temprano de comprar los alimentos del día. Las mujeres iban a la compra de once a doce; están ya a las siete en la calle. ¿Para tomar un puesto privilegiado en la «cola»? Desde luego; pero también porque comprenden que ya no es posible el dulce farniente de épocas pasadas. La fiebre que va por todas partes animándonos para tomar nuestro puesto en la lucha antifascista se ha apoderado de ellas también. No están a gusto en la casa; quieren, desde el despertar, tener noticias, intercambiar impresiones, y delante de las puertas de las tiendas los comadreo son alegres.

En el Puente de Segovia. Vamos una ma-

En las «colas» también pueden ayudar al triunfo social

ñana; son las ocho. Me cuelo en las «colas», pero un «¡no interrumpa, compañera, vaya al final!»!...

—Pero, no vengo a comprar; vengo a hacer una información para MUJERES. A ver que tal os portáis, si sois dignas de vuestros compañeros. ¿Hace mucho que estáis esperando?

—Bah, un ratito; no importa. Pero queremos que se respete el orden, porque sino hay frescas que después de haber llegado las últimas se plantan en el primer lugar. No hay derecho.

Una chica de catorce años, con ojos azules enormes, pregunta:

—¿Qué han hecho los fascistas malditos para que nos falten las cosas?

—No faltan, boba—contesta una mujer—, pero hay que alimentar, antes que a nosotros, a los milicianos, a los heridos. ¿Te parecería justo que te hincharas de leche cuando pudiera faltar a un compañero que ha sido herido en el frente?

—Así—digo yo—, ¿tú no crees que hay carencia?

—Hombre, verás. Una sabe que como ellos están todavía en algunos sitios, entorpecen el normal abastecimiento, pero también sabemos que no hay que dar demasiada importancia a estos pequeños detalles. Hay que gastar menos carne, bien; pero antes, cuando la había abundante, tampoco podíamos comerla.

—¿Conque tampoco la comprabas?

—Soy viuda, tengo tres chicos; iba a un taller a coser y me daban cinco pesetas. Tú comprenderás que comíamos más patatas que otra cosa.

Ahora, lo que no hay derecho es que unas desalmadas manden a sus chicos a las distintas «colas», trayendo cada uno bastante para toda la familia, de forma que tiene todo de sobra. Naturalmente, eso no lo hacen sino las que no tienen comprensión del momento actual. Mi marido era socialista y yo pertenezco a la U. G. T., al Sindicato de Obreras del Hogar; después de haber enviudado he tenido que volver a trabajar. Comprendo muy



En una barriada popular, las mujeres aguardan tranquilas la vez entre risas y chismorreos

bien que estamos en una época en la que todos debemos hacer cuanto nos sea posible para ayudar a nuestros heroicos milicianos.

—Tienes mucha razón; cooperando a la buena marcha de la retaguardia, es una colaboración que aportáis al Gobierno, a quien no debemos crear, por egoísmo o comodidad personal, nuevos conflictos.

En este momento, unas voces que desde hace un rato subían de tono, estallan como un trueno. Los epítetos propios de una algarrada femenina salen atropelladamente de dos lenguas feroces. Pero pasan unos camiones llenos de muchachos que se marchan al frente, los puños en alto, cantando la Internacional, que uno acompaña con una guitarra. La bronca termina como por encanto, y las dos mujeres que estaban a punto de pegarse gritan a coro:

—¡Vivan nuestros milicianos!

YVELINE KAHN.

Sederías Carreías

S. L.
Carretas, 6

Continúa la liquidación de artículos de temporada a precios ventajosísimos

LA EQUITATIVA

•
SEGUROS

•
MADRID

EL CONGRESO MUNDIAL DE LA JUVENTUD EN GINEBRA

Nuestra guardia de honor internacional

Nuestro querido colega *Mundo Obrero* ha publicado este artículo, que reproducimos por haber sido escrito por uno de los jóvenes que fueron a Ginebra, dejando, a pesar suyo, el puesto que ocupaban en la Sierra, para representar a la genuina juventud española, la juventud antifascista que lucha heroicamente contra los viles asesinos.

«No hace aún muchas horas que en uno de los rincones más bellos de Europa ha dado fin la gran congregación universal de la joven generación.

El Congreso de toda la juventud del mundo tenía por alta misión fijar con toda claridad ante la vieja generación, que lleva el peso de los graves y difíciles problemas que envuelven el porvenir y la existencia de los pueblos, el criterio del más valioso de los colaboradores en toda obra por la paz y el bienestar, el criterio firme de las juventudes.

Esta bienhechora tarea del mundo juvenil se ha cumplido. Patentemente, millares de hermanos jóvenes han afirmado su actitud decidida sobre cuestiones en las cuales se concentra visiblemente el futuro de nuestra generación.

La juventud ama la paz. La juventud siente—y no podía ser de otra manera—una pasión ardiente por superar notablemente su nivel de vida.

Por los informes muy esquemáticos que tengo a mi mano sobre las deliberaciones del Congreso, en este sentido es en el que han transcurrido las sesiones de este gran acto internacional.

La causa de la paz mundial, la causa de los pueblos a gozar tranquilamente de una paz interior y exteriormente duradera, es asistida por la opinión de todos los jóvenes del mundo. Esta opinión se transforma ahora en código, a través del cual la joven generación registra su acción en problemas de la grandeza y profundidad de éstos.

No han sido pocos los esfuerzos que las partes regresivas de la juventud (que ha acudido a Ginebra a la voz de llamada de los organizadores del Congreso) han hecho para burlar la participación de las fuerzas más amigas y leales a los principios que toda la humanidad siente en una vibración febril, a los principios de paz y progreso, bienestar y libertad, que representan hoy la antorcha vigilante de los pueblos democráticos. Los propósitos de esta «opinión» regresiva en la juventud, débil e impotente frente a la ola arrolladora de los jóvenes reunidos en Ginebra, opinión que el mismo curso de la vida de los pueblos va reduciendo más y más en su cerco de acción, y liberándola de la influencia entre las masas jóvenes, no han podido prosperar. A pesar de las conspiraciones oscuras, de quien ha roto con todo lo que de honrado y pacifista hay en el gran pueblo español, que tenía por propósito servir los deseos de los instigadores de la guerra y de la miseria de los pueblos, la delegación de la juventud de España ha dejado bien oír su voz ardiente, elocuente, salpicada aún del repiqueteo de la lucha en las trincheras de nuestra guerra civil por la libertad y la paz.

La juventud de España, representada genuinamente por todo lo que hay de progresivo y pacifista de verdad en nuestro país, ha lanzado severamente en Ginebra la acusación fulminante contra los incendiarios de la guerra civil, ha revelado de manera incontrovertible por la voz común de nuestros queridos compañeros jóvenes republicanos, católicos y socialistas unificados, que han defendido nuestra causa ante los representantes de millones de jóvenes, el crimen terrible que los sublevados fascistas han cometido contra la causa generosa de la paz y del derecho a las libertades de los pueblos.

«Nosotros no hemos provocado esta guerra civil. Nosotros hemos sido atacados y nos defendemos de la agresión a donde nos han llevado los sublevados fascistas. Esta declaración, irrefutable, que encierra el sublime valor de la verdad, ha ganado la conciencia de millones de hermanos nuestros, pertenecientes a la joven generación de otros pueblos, que, como nosotros, sienten de verdad un respeto profundo por la paz, un respeto profundo hacia toda mejora de las condiciones de vida de los jóvenes del mundo.

Los pueblos que primero han comprendido el heroísmo sin límites de la juventud española contra el fascismo agresor a nuestra propia paz, se han levantado plenos de orgullo, dando su mano y protección fraternal en Ginebra a la voz representativa de todos nosotros. Nuestros hermanos, los queridos jóvenes de Francia, de Inglaterra, Checoslovaquia y demás países progresivos del mundo, unidos a la más feliz y adorable juventud universal, la juventud de la Unión Soviética, ciudadela gloriosa de la paz y salvaguardia de todas las libertades, han creado en Ginebra ayer, y desde hoy en la mayoría de los pueblos del mundo, la guardia de honor de la juventud combatiente y antifascista de nuestro país.

Esta guardia de honor, de la cual nosotros nos sentimos orgullosos y una alegría sin límites, es la que continuará firme y adelante la acción de sus pueblos por la defensa y la ayuda vigorosa a los poderes legales de nuestra España, asediada por los que quieren hundirla en el mayor de los desprecios y bochornos, en la pérdida de su independencia, en la tragedia de la dictadura terrorista, lo cual el pueblo unánime ha jurado no permitir.

Esta guardia de honor de las juventudes es otro más de los hechos demostrativos de que nuestra causa es justa, de que nuestra lucha es, y será, invencible.

Al expresar nuestro entusiasmo y nuestra gratitud por esta nueva prueba de lo que representa la solidaridad internacional de nuestros hermanos con nosotros, aseguramos, una vez más, que la juventud española, unida más firme y estrechamente aún que hasta hoy, garantizará con la victoria de su pueblo en la guerra civil su fidelidad inquebrantable al espíritu que sirve los intereses de la mayoría de los pueblos del mundo: la paz, el bienestar y la libertad de la joven generación universal.»

FARMACIA
Y LABORATORIO

DE

F. GAYOSO

CALLE DEL ARENAL, 2
MADRID

Elaboración en gran escala de **ampollas** con soluciones hipodérmicas, **cápsulas** gelatinosas medicinales, **óvulos** vaginales y **supositorios** de glicerina solidificada

Comité de Mujeres Antifascistas de O'Donnell, 13

¡SALUD!

Compañeras: Los Milicianos que luchamos en el frente de Talavera para terminar con la canalla fascista, ya que por circunstancias especiales no pudimos ir a vuestra casa a expresaros nuestro agradecimiento por vuestro esfuerzo realizado horas antes de salir para el frente en la confección de «monos», camisas y calzoncillos, entregado a nuestro Responsable, y que en la primera línea nos evita pasar frío.

Tened por seguro que nosotros, en la parte que nos corresponde, hemos de

poner todo nuestro espíritu revolucionario para terminar de una vez para siempre con esta casta de degenerados y que en España tengamos una vida próspera y que el que trabaje, coma.

Salud y saludos revolucionarios de todos los camaradas para todas esas compañeras que con su esfuerzo en la retaguardia es la garantía de nuestras avanzadas.

¡Viva la mujer antifascista! ¡Viva el comunismo!

El Teniente Responsable,
ERNESTO BAROLOME

ALMACENES
PEGUERO
Pontejos, 2

Droguería y Perfumería "EL RAYO"
NOMBRE Y MARCA REGISTRADA
G. Santamaría
26, SERRANO, 26
(Frente a la Casa de la Moneda)
Teléfono 51025

ALMACENES ZORNOZA
MERCERIA
PAQUETERIA
NOVEDADES
SERRANO, 38
TELEFONO 50316

DROGUERÍA
NARCISO ROIG
CALATRAVA, 17

Almacenes ROMERO, S. L.
Los más baratos de España
SEDA - LANAS - GENEROS BLANCOS - MANTAS - CONFECCIONES - COLCHAS - GENEROS DE PUNTO
Mesón de Paredes
Teléfono 77220 MADRID

Mujeres

MUJERES

Redacción y Administración: VILLANUEVA, 16

PRECIO DEL
NÚMERO 15 cts.

Miércoles, 16 de septiembre de 1936



En la secretaría general, con el delegado de Industria y Comercio, la Comisión de Auxilio Femenino prepara el trabajo del día

En nuestro último número dimos cuenta del Decreto que creaba esta Comisión delegada del Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo. Hoy podemos presentar a todas nuestras compañeras antifascistas un resumen de la labor realizada en estos quince días.

Con muchas dificultades instalamos en Villanueva, número 16, las oficinas centrales (mesas, máquinas de escribir, teléfono, etc.), y en seguida al trabajo. Rápidamente nos pusimos al habla con las milicias y abrimos en todos los barrios de Madrid unos centros de alistamiento donde las mujeres que deseen cooperar a nuestra labor pueden inscribirse. Tenemos ya más de dos mil compañeras inscritas como una prueba más de la completa adhesión del pueblo trabajador a la lucha que sostenemos contra los bandidos fascistas.

Hemos abierto directamente dos talleres, donde fabricamos calzoncillos, camisas y chalecos de abrigo. Esta semana abriremos seguramente otros tres o cuatro. Como lo hemos prometido, todos los niños de estas compañeras que colaboran con nosotras están recogidos en nuestras guarderías y estamos dispuestas a abrir las que sean precisas para que la preocupación de los hijos desatendidos no pueda ser una rémora al afán de cooperar al esfuerzo general que todas las mujeres antifascistas sentimos. Pero nuestra misión no es solamente crear, es también organizar la distribución, es decir, que pretendemos que cese un estado de cosas que permite que unos tengan de sobra cuando otros, tan merecedores de nuestras atenciones, se encuentran desprovistos de los objetos más indispensables. En efecto, el esfuerzo realizado por muchas organizaciones para fabricar monos o demás prendas no ha dado todo el resultado apetecido, porque no estando centralizada la distribución, las existencias se esfumaban con entregas de cuatro a éste, dos a aquél, etc.

Por eso nos hemos puesto al habla con los principales talleres; pero a pesar de las buenas palabras recibidas, nos hemos tropezado en algunos casos con cierta resistencia que dificulta algo nuestra labor.

De ningún modo nos proponíamos restar a nuestras compañeras ni un átomo del agradecimiento que las milicias tienen por las que trabajan para suministrarles lo que necesiten. Les advertimos que en cada entrega que realizamos figuraría el nombre del taller en donde las prendas fueron confeccionadas, pero hasta ahora no hemos logrado completamente esta unificación, que se hace cada día más indispensable.

De los resultados de nuestro trabajo hemos entregado ya las remesas siguientes: 1.500 mantas al 5º Regimiento, teniendo un día el placer de llegar en el momento mismo en que dos compañías de milicianos salían para el frente. Nuestras compañeras pudieron distribuirlas ellas mismas, y fueron acogidas con grandes muestras de júbilo. Otro día reunimos 500 equipos completos (calzoncillos, camisetas, calcetines, peines, hojas de afeitar, jabón, pañuelos, etcétera). Casi todo confeccionado en los talleres de las agrupaciones antifascistas de barriada y los

Cómo funciona la Comisión de Auxilio Femenino

nuestros propios. Nuestro servicio de higiene ha organizado un ciclo de charlas. La primera se ha celebrado en el 4º Batallón. El Dr. Planelles, del S. R. I., tomó la palabra, haciendo resaltar la importancia de la higiene: «Los piojos—dijo—pueden ser más peligrosos que el enemigo mismo, porque son los agentes de propagación de los microbios y pueden ocasionar en un ejército las peores epidemias.»

Después la compañera Matilde Cantos dirigió a los milicianos unas palabras emocionadas, en las que hizo resaltar el esfuerzo de las mujeres antifascistas. Después de la conferencia distribuimos más de 500 bolsas sanitarias, que completaremos en cuanto se abra el laboratorio que estamos preparando para elaborar una pomada antivenérea, de gran utilidad en los momentos presentes.

Esa ha sido nuestra labor en los primeros quince días de funcionar este Comité de Auxilio Femenino.



Después del trabajo, antes de marchar a su casa, nuestras compañeras descansan un rato en la sala de nuestra casa central.



En la redacción de «Mujeres», dos camaradas nuestras y una colaboradora discuten si este artículo sirve o no

no. Mayor será en el porvenir, porque dispondremos de una experiencia de la que carecíamos cuando hemos empezado a trabajar.

Por tanto, compañeras que nos habéis ofrecido vuestra colaboración, seguid vuestra labor con ánimo de trabajar, de luchar contra el fascismo, que volvería a encadenaros a las labores puramente hogareñas, privándoos de derechos sociales, obligándoos a volver a ser sus esclavas, con deberes, pero sin derecho alguno; camaradas, seguid a nuestro lado, para obtener para las mujeres una vida alegre, de trabajo desde luego, pero de trabajo justamente remunerado. Seguid en la lucha para conquistar las atenciones que disfrutaban en la Rusia soviética las mujeres, para quienes tener un hijo no sea ya un problema, sino una alegría, porque saben que no solamente serán atendidos como antes lo eran únicamente los burgueses más privilegiados, sino porque saben también que una vez nacido el hijo tendrá satisfechas todas sus necesidades, tanto moral como materialmente. Mujeres antifascistas, alistaos en nuestro trabajo de retaguardia para ayudar a nuestros compañeros los heroicos milicianos y aplastar de una vez para siempre a los miserables fascistas y demás cobardes que están ensangrentando nuestra tierra.

La garantía del triunfo

Justo es que después de mes y medio de lucha lleguemos a comprender la necesidad de un trabajo eficaz en la retaguardia. La fiebre del frente, plausible siempre, necesita de un control. El manejo del fusil ha de ser casi de la exclusiva misión de nuestros compañeros; la mujer, en cambio, ha de atender la retaguardia. Convencidos de que nuestra defensa antifascista no es problema de un día, sino de meses, precisa que las mujeres suplan el trabajo que en tiempo de normalidad le correspondía al hombre. La producción nacional no puede ser abandonada, ya que no podemos depender exclusivamente del extranjero. Las fábricas, los talleres y el campo deben seguir funcionando con igual intensidad que en tiempos de normalidad. La mujer, que llegado el momento sabe responder como nadie al sacrificio, ha de ocupar un interesante papel en la actualidad. Llenar los huecos en la producción no es algo baladí que no merezca ser atendido. Al contrario, si bien todavía no se llegue a comprender la necesidad de nuestra llamada, después se verá la razón de su eficacia.

Se avecina el invierno. Nuestros milicianos han de sostener la lucha en centros fríos. Precisa atenderlos, y en esta labor, salvando las medidas pertinentes que el Gobierno pueda oficialmente tomar, debe recaer casi exclusivamente sobre nosotras. Y ello no es nada insignificante. No cabe duda que lo importante ahora es vencer al fascismo. Pues bien, no solamente se vencerá con las armas y la valen-

tía de nuestros milicianos, aun cuando estas dos condiciones son tan fundamentales como imprescindibles al triunfo. Hay, además, otro factor primordial, cual es que a la lucha vayan hombres en condiciones de sostenerla adecuadamente.

Queda una segunda razón, ésta más secundaria. La población civil necesita resolverse sus necesidades por sí misma, sin restar fuerzas a la vanguardia, y como en los centros industriales no pueden quedar manteniendo la producción igual número de obreros que antes, puesto que el mayor contingente se lo lleva el frente, de aquí que ha de ser la mujer, nosotras, quienes realicemos esta misión.

En ninguna ocasión, y menos ahora, es despreciable cualquier trabajo por insignificante que sea, siempre y cuando se realice con acierto. No se nos oculta que habrá que improvisar mucho, puesto que el porcentaje de obreros que están luchando es tal, que a llenar sus huecos habrán de ir mujeres no profesionales en los respectivos oficios. Pero no importa; hay que saber saltar los obstáculos con dominio y firmeza. Y si el pueblo español ha sabido improvisar todo un ejército en pie de guerra contra mil tareas que indudablemente han de disponer de elementos técnicos de que nosotros carecíamos, también la mujer española ha de saber improvisar trabajos con el mismo acierto que nuestros camaradas en la lucha, con el convencimiento de que la perfecta compenetración entre ambos factores es la garantía del triunfo.

AURORA ARNAIZ